

EL PROBLEMA DEL ORIGEN Y EVOLUCION DEL LENGUAJE

I

El problema del origen del lenguaje ha preocupado a pensadores, filósofos, sociólogos y lingüistas, desde la más remota antigüedad. Ya los primeros filósofos griegos discutían acerca de las relaciones existentes entre las naciones y los términos que las designaban, reconociendo en ellas bien una relación natural entre el nombre y la cosa, bien el efecto de una convención o del azar.¹

La idea convencional ha sido revivida varias veces, especialmente en el siglo XVIII, atribuyéndose al espíritu humano la invención del lenguaje, primero de un lenguaje "natural", consistente en expresiones de la **fiisonomía, entonación, etc.**, y luego de un lenguaje "artificial" o articulado, destinado a perfeccionarse en esta forma.

La hipótesis teológica de una revelación del lenguaje, basada en un pasaje del Génesis, fue sostenida, aún en el siglo XIX, por pensadores como De Bonald y De Maistre. Por otra parte, desde 1772, Herder había sostenido, en un volumen titulado **Ursprung der Sprachen**, lo que Renán llama "la unidad interior del lenguaje", por oposición al concepto de invención del lenguaje. Esta misma idea se desprende del apotegma de Turgot: "Las lenguas no son obra de una razón presente en ellas mismas".

Renán publicó su **De l'origine du langage** en 1848. Afirma en esta que el lenguaje se formó de un golpe, "surgiendo instantáneamente del genio de cada raza", "integralmente constituido desde el primer día". Casi por la misma época, el alemán Steinthal sostenía que el lenguaje no apareció en un momento dado de la historia sino que nació necesariamente cuando la vida psíquica alcanzó cierto desarrollo, tal como sucede en los niños, y que tomó una forma articulada porque el cuerpo produce sonidos que son el eco del alma.

Muchas otras teorías han surgido posteriormente acerca del origen del lenguaje. Algunas de ellas recibieron nombres raros o divertidos. La teoría del **bow-wow** —por ejemplo— sostiene que el lenguaje se originó por imitación de los sonidos de la naturaleza. La teoría del **pooh-pooh**, por su parte, afirma que el lenguaje surgió de las exclamaciones provocadas por sensaciones y sentimientos: temor, sorpresa, placer, pena, etc. La teoría del **ding-dong**, finalmente, establece una correlación mística entre el sonido y el significado.

Todas estas teorías cometen el error de no tomar en cuenta los factores sociales, que indudablemente tuvieron un preponderante papel en la aparición del lenguaje. Algunos investigadores hacen intervenir el fac-

1. — El autor se limita en su estudio al punto de vista antropológico. N. de la R.

tor social en sus teorías, pero éstas han tenido por encima de todo un carácter especulativo.

L. Noiré, por ejemplo, establece la teoría del **vo-he-ho** en su libro **Der Ursprung der Sprache**, publicado en 1877, asociando el desarrollo de los primeros elementos del lenguaje a las vibraciones de las cuerdas vocales que se producen al ejecutar un esfuerzo violento durante el trabajo, sonido que más tarde es reproducido deliberadamente para indicar la labor o el instrumento con que aquella se ejecuta. La palabra "hacha", por ejemplo, puede relacionarse directamente con esa especie de "jech" que sale de labios de los leñadores a cada hachazo que dan.

El académico soviético N. Marra, edificó una teoría de carácter sociológico, afirmando que el lenguaje "linear", o lenguaje de los gestos, había sido substituido gradualmente por un lenguaje articulado, utilizado inicialmente por los hechiceros de cada tribu para dominar a los otros miembros de la misma, lenguaje que se fue desarrollando a medida que las castas sacerdotales de distintas tribus se fundían, correspondiendo a esta fusión una asociación cada vez más compleja de las sílabas primitivas.

Todas estas teorías carecen de un fundamento científico. Ninguna lengua conocida tiene un carácter rudimentario que nos permita reconocer un estado primitivo de su desarrollo, y, por otra parte, carecemos de testimonios fehacientes acerca del pasado remoto de la humanidad. En tales condiciones, el problema del origen del lenguaje ha sido prácticamente abandonado, afirmando los lingüistas que tal investigación se sale de los cuadros exclusivos de la Lingüística, pertenece más bien a los dominios de la Sociología.

II

Una de las más sugestivas teorías acerca del origen del idioma —desde el punto de vista sociológico— es aquella que, interpretando dialécticamente los datos relativos a la evolución del hombre, afirma que el lenguaje es un fenómeno prehumano, es decir, originado antes de que el hombre alcanzase la categoría de tal.

El hombre —se dice— no es sino una de las formas hacia las cuales evolucionaron determinados antropoides, y junto al gorila, al chimpancé, al gibón y al orangután, constituye uno de los extremos de la evolución radial de un primate, cuyas huellas ha sido posible seguir a través de los fósiles de *Driopithecus*, *Propithecus*, *Parapithecus*, y otros homínidos, hasta llegar a formas tan primitivas como los tarsios lemures, descendientes, a su vez, de los antiguos insectívoros.

No cabe discutir aquí las razones biológicas y climáticas que determinaron tal evolución, pero ella constituye un hecho indiscutible ya, plenamente comprobado. Nos cuenta la geología histórica que en los albores de la era Cenozoica Asia era una inmensa planicie tropical que corría sin alteraciones desde la India hasta el círculo ártico, cubierta por tupidos lozanos bosques, paraíso de numerosas especies animales, en cuyo alto follaje habían encontrado seguro refugio diversas familias de monos que habían alcanzado cierto grado de desarrollo, poseyendo ya finas y ágiles manos, visión estereoscópica y un cerebro de regular tamaño.

A mediados del período Mioceno la tierra comenzó a elevarse en el centro de la planicie asiática a medida que se formaban los Himalayas. Los bosques ancestrales quedaron cortados por la mitad y en la región

norte el clima se volvió riguroso, los árboles se hicieron cada vez más escasos y los frutos más difíciles de obtener. Los monos que quedaron en la vertiente sur continuaron su vida jaranera y vegetariana en un mundo fácil y propicio a sus necesidades. Los que se demoraron en el norte hasta que los Himalayas constituyeron una barrera infranqueable tuvieron que enfrentarse a la muerte y a luchar por adaptarse a los radicales cambios geográficos y climáticos. Muchos perecieron, indudablemente. Pero aquellos que lograron sobrevivir tuvieron que cambiar sus costumbres, su alimentación, y renunciar a un pasado de holgazanería arbórea para descender a la tierra y luchar por el sustento diario en condiciones sumamente desventajosas.

Aquel nuestro lejano antepasado fue, en efecto, una criatura desvalida rodeada por un mundo hostil. Sus dientes, acostumbrados a los blandos frutos, eran débiles. Sus garras se habían embotado. No poseía la velocidad del ciervo para buscar en la huida su salvación, ni la agilidad y fuerza del tigre para capturar su alimento, ni el tamaño del elefante. Sólo podía ayudarlo el latente poder del gran cerebro que había desarrollado. Así, tuvo que aprender a dominar el ambiente, a conquistarse un lugar bajo el sol, a fuerza de astucia, de solidaridad específica y de trabajo en común. A lo largo de muchos cientos de miles de años, innumerables generaciones de antropoides fueron moldeando su cuerpo y adaptándolo a la vida terrestre y a la posición erguida. Generaciones enteras desaparecieron indudablemente, millones de individuos perecieron en la desventajosa lucha. Pero de los pocos sobrevivientes fue surgiendo, etapa por etapa, la forma humana.

Esta lucha tremenda por la supervivencia, esta permanente tentativa de superación, no habrían sido posibles si nuestro remoto ancestro no hubiese desarrollado tres armas poderosas: el trabajo, la cooperación y el mutuo entendimiento. Sociedad, trabajo y lenguaje, son, pues, fenómenos prehumanos, establecidos ya en la horda de los primeros homínidos, y condiciones indispensables para la transformación del mono en hombre.

No pudo haber sucedido de otro modo. Sin la asociación, sin la cooperación de numerosos individuos, tanto en la defensa como en la consecución del sustento, las oportunidades de sobrevivir habrían sido prácticamente nulas. Sin la fantástica evolución de la mano como instrumento universal y sin la posibilidad de usar piedras y palos como utensilios de trabajo y armas, sin un medio de entendimiento e intercomunicación, jamás habría emprendido el antropoide el arduo y maravilloso camino que lo condujo hasta el hombre moderno.

El lenguaje habrá estado constituido en un principio por una reducida colección de gritos para indicar peligro, para llamarse, para señalar la presa, etc. A lo largo de muchos miles de años habrá evolucionado hacia formas más complejas, estableciendo cada grupo su propio sistema y desarrollándolo según sus necesidades y el medio en que se asentó.

No tenemos desde luego pruebas materiales de que así hayan sucedido las cosas. Pero si no sucedieron así, ¿de qué otra manera sucedieron? ¿Qué explicación más válida y plausible pueden tener nuestras lenguas? ¿En qué otra forma podemos trazar la ruta, terrible y difícil, llena de heroicas hazañas y de acciones vergonzosas que a lo largo de varios millones de años conduce de la musaraña al hombre? ¿Por qué otro camino seguir los pasos de este audaz aventurero desde la selva cenozoica donde un mono alzó por primera vez su mirada hacia el cielo hasta los modernos observatorios? ¿Cómo, si no es así, establecer la cadena de maravillas salidas de la mano del hombre, desde el eolito del Plioceno hasta el último sputnik?

III

Cualquiera que haya sido su origen, lo cierto es que el lenguaje ha evolucionado, que cambia constantemente, que se mantiene en perpetua movilidad. En cierto sentido, la evolución de las lenguas es algo oscuro y misterioso. En otro sentido, la cosa es clara como el agua. Si el lenguaje es una expresión de las actividades humanas y si éstas cambian constantemente, resulta natural que con ellas cambia también su expresión.

¿Por qué unas lenguas evolucionan en un sentido y otras en otro? ¿Por qué determinados idiomas cambian rápidamente mientras otros casi no registran variaciones? Los lingüistas se ocupan constantemente de estos problemas. La disparidad en la evolución de las lenguas —dicen— se debe al mayor o menor grado de aislamiento de los grupos de hablantes. A mayor aislamiento, mayor conservatismo. A intercambios frecuentes, más rápida evolución. Se nos ofrecen abundantes ejemplos. El sardiniano, confinado en la isla de Cerdeña y poco expuesto a las influencias extrañas, casi no ha cambiado con respecto al latín original. El francés, en cambio, ubicado en el cruce de innumerables caminos, traído y llevado por invasores, colonos y comerciantes del resto de Europa, de Asia y de Africa, evolucionó rápidamente y se alejó del tronco materno hasta convertirse en un idioma distinto. El árabe, aislado en la península arábiga, mantiene su estructura semítica antigua, en tanto que el hebreo de Palestina cambia radicalmente bajo la influencia de las lenguas vecinas.

Se dice también que las lenguas de los pueblos agrícolas y sedentarios son conservadoras, en tanto que el habla de los grupos nómádicos y guerreros sufre profundas y rápidas transformaciones. El lituano, por ejemplo, casi no cambió en los últimos 2.000 años, en tanto que el escandinavo, idioma de los incansables vikingos, ofrece innumerables cambios en el mismo período.

Como quiera que sea, poco o mucho, todas las lenguas se transforman con el transcurso del tiempo. Un inglés actual, por ejemplo, encontrará un poco raro el lenguaje de Shakeaspeare, tendrá serias dificultades para leer a Chaucer y no entenderá una sola palabra del idioma que hablaba el Rey Alfredo. Un francés tropezaré con algunos problemas en la poesía de François Villon, difícilmente entenderá la **Canción de Rolando** y se quedará en la luna si lee el **Juramento de Estrasburgo**. Sin embargo, el **Juramento** está escrito en el francés que hablaba Carlomagno.

No podemos, desde luego, formarnos una idea de los cambios sufridos por las lenguas desde su aparición hasta unos cuatro mil años antes de Cristo. Es decir que ignoramos la evolución del lenguaje humano a lo largo de más de un millón de años. Los únicos cambios que podemos estudiar son aquellos que han quedado registrados mediante la escritura, y lo más antiguo que conocemos al respecto son algunos documentos relativos al sumerio, idioma que se habló en Mesopotamia entre 4.000 y 300 A. C. No han logrado los lingüistas determinar la filiación exacta del sumerio, pero parece relacionarse con el acadiano, idioma de babilonios y asirios que invadieron Sumeria en el año 3000 A. C.

Los escritos más antiguos que se conocen en chino y en egipcio datan de unos 3.000 años A. C. Muchas otras lenguas desaparecieron, sin que tengamos mayores datos acerca de su conformación. Esiquio, el lexicógrafo griego del siglo V, cita palabras de varias lenguas antiguas, incluyendo egipcio, acadiano, galatiano, lídio, frigio, fenicio, cintio y parto.

No contamos con documentos alguno relativo al original idioma indo-europeo, el cual parece haberse dividido en numerosas lenguas antes de la invención de la escritura. Pero, comparando diversos idiomas indo-europeos, los lingüistas han logrado establecer un hipotético pero muy posible facsímil de aquella primitiva lengua.

Las noticias escritas más antiguas de esta familia lingüística que conocemos se encuentran en sánscrito, griego y latín, con 2.000, 800 y 500 años A. C., respectivamente. El más viejo documento sánscrito llegado hasta nosotros lo constituyen los famosos himnos védicos, colección de poemas religiosos. El griego comienza con la Iliada y la Odisea de Homero y por lo que hace al latín, la más antigua inscripción que conocemos es la que aparece en una hebilla de cinturón, la cual reza "Manius me hizo para Numerius".

De todos los idiomas actuales, son las lenguas romances las que nos ofrecen una historia casi completa, a partir de la aparición del latín, unos 500 años A. C., hasta a fines del Imperio Romano, transformándose más tarde en el francés, a mediados del siglo IX, y en español e italiano, a lo largo del siglo X.

IV

El latín surgió 500 años A. C. Desconocemos sus antecedentes, pero es de suponerse que un grupo que hablaba el original idioma indo-europeo vagó por Europa durante algún tiempo y finalmente cruzó los Alpes y penetró en la península italiana, en la cual encontró gentes de diversas razas y que hablaban idiomas extraños. A lo largo de esta peregrinación, poniéndose en contacto con otros grupos indo-europeos o de distinto origen, el idioma de estas gentes evolucionó rápidamente.

Italia era entonces un verdadero mosaico de lenguas. Al sur y al este de la desembocadura del Tiber, donde se asentaron los latinos, vivían los faliscanos, los sabinos y los sabelianos, que hablaban oscanos, un dialecto indo-europeo ya muy diferenciado. Al noroeste habitaban los umbríos y al norte los etruscos, pueblo misterioso, de origen no indo-europeo, de cuya extraña lengua nos han quedado algunas inscripciones no descifradas todavía. El Valle del Po estaba ocupado por galos que hablaban celta. En el sur de la península y en Sicilia existían colonias griegas y en otros lugares se han encontrado huellas de grupos prehistóricos que usaban lenguas extinguidas.

La historia del grupo latino nos es bastante conocida. Una empeñosa lucha por la supervivencia, primero contra los etruscos, conquistadores de Roma que establecieron allí la dinastía tarquiniana, derrocada luego por un movimiento popular que instaura la República; luego contra los galos, que en varias ocasiones llegaron a las puertas de Roma y más tarde contra sabinos y sabelios, señala la entrada de los romanos en la historia. A mediados del siglo III A.C., Roma ha establecido ya su hegemonía sobre toda la península itálica, subyugando a los osruscos, rechazando a los galos hasta los Alpes, y absorbiendo o convirtiendo en aliados a sabinos, sabelianos, umbríos, oscanos y griegos. Así se prepara Roma para embarcarse en sus asombrosas aventuras conquistadoras a través de tierras y mares y para empeñarse en lucha a vida o muerte contra Cartago, la terrible potencia mediterránea.

El latín fue en sus principios un idioma elemental, carente todavía de los refinamientos sintácticos que lo distinguieron más tarde. Desde el

punto de vista fonético se diferencia muy poco del latín clásico posterior. Tenía vocales cortas y largas y usaba numerosos diptongos, que más tarde se simplificaron en vocales largas: **deicoo**, ¡digo!, se convirtió en **diicoo**; **oinos**, ¡uno!, se vuelve **uunus** (1). Carecía, por otra parte, de los sonidos **eh, sh, y, z** y otros que más tarde se incorporaron a las lenguas romances.

La inscripción en una hebillas del siglo V A.C. que hemos mencionado, rezaba, por ejemplo, **Manios fhefahaked Numasici**. Su equivalente en latín clásico sería, **Manius me fecit Nummerio**. En la tumba de Escipión, 300 años A.C., aparece el siguiente epitafio: **Honc oino ploirume consentiont Romai duonoro optumo fuise virom Luciom Scipione**. En latín clásico se escribiría: **Hunc unum plurimi consentiunt Romae bonorum optimum fuisse virum Lucium Scipionem**. Es decir: "La mayoría conviene en que el mejor de los buenos en Roma fue Lucio Escipión".

Después de sus victorias sobre Cartago, los romanos llevaron, su lengua hasta Sicilia, Sardinia, España y Africa del Norte, entrando en contacto con los colonos griegos del sur de Italia y de Sicilia. Este contacto se hizo más amplio y más íntimo a raíz de la conquista de la propia Grecia, del Asia Menor y de los Balkanes. Así comienza el latín a evolucionar hacia su forma elástica. Se descartan ciertos sonidos, se regulariza la estructura morfológica, se establece la sintáxis y se adquieren numerosos préstamos del griego: **hora theatrum, machina, cathedra, schola, thesaurus**, para citar unos cuantos ejemplos.

Ya por el año 100 A.C., el latín clásico está completamente formado. El idioma elemental de 400 años atrás se ha convertido en la brillante y suave lengua de Julio César, de Cicerón y de Virgilio, capaz de expresar las nociones más complejas, los más refinados matices poéticos, los más abstractos pensamientos filosóficos y las más concretas sentencias jurídicas.

Sin embargo, en el latín clásico siguen predominando determinados aspectos del antiguo indo-europeo. Un alto porcentaje de vocales, una estructura gramatical que descansa principalmente sobre las terminaciones inflexionales para indicar género, número, caso, persona, tiempo, modo y voz. La sintáxis se ha dulcificado y agraciado, imitando en parte las construcciones del griego y en parte por propio desarrollo. El vocabulario aumenta en proporciones inusitadas, por préstamos, por acuñación de nuevos vocablos, por formaciones complejas, etc., hasta llegar a satisfacer las necesidades del alto grado de civilización alcanzado por Roma.